

tión (pág. 216) de si era lícito á los musulmanes comprar efectos de los que constituían parte del botín; pero creemos que lo dicho basta para dar idea de la importancia del volumen XII de los *Archives Marocaines*, publicación de sumo interés para conocer á fondo el estado antiguo y actual del Imperio de Marruecos, y de un modo indirecto, del modo de pensar y obrar de los moros españoles.

FRANCISCO CODERA.

II

NECRÓPOLIS PREHISTÓRICA DE ORIHUELA

La primera sección del Museo Arqueológico del Colegio de Santo Domingo de Orihuela acaba de enriquecerse con un nuevo y valioso acopio de escogidos objetos prehistóricos últimamente descubiertos en una exigua ladera, situada á obra de legua y media al Este de la sobredicha ciudad. Esta interesante ladera, propiedad de mi particular amigo D. Francisco Mora, á cuya amabilidad y finura debo la espontánea y graciosa venia para la exploración de aquel sitio, tiene en su zona terrosa poco más de una hectárea de extensión, la cual constituye la parte inferior de una prolongada y rápida vertiente de calizas, que, arrancando del pie de un empinado y casi derruido castillejo, va á perderse en la llanura. No es de todo punto improbable que en época prehistórica algunas familias hubiesen asentado en tan inepto lugar sus modestas viviendas; sin embargo, son tan escasos y dudosos los vestigios que de ellas se han podido comprobar en el transcurso de las excavaciones allí practicadas, y por otra parte, tanta la copia de sepulturas, tan características en su estructura como simétricas en su disposición, que me inclino á denominar ese sitio, más bien que Estación, Necrópolis prehistórica. Muy bien pudo la población primitiva ocupar entonces la inmediata ladera que ofrece más fácil acceso al castillo que corona la sierra y donde se extiende en la actualidad hasta ocu-

par el llano un rico é industrial pueblecito; parecen en algún modo corroborar esta conjetura las restos abundantes de artefactos prehistóricos que aparecen de continuo en aquellos contornos. Muéveme además á abrazar este extremo, la costumbre, repetidas veces comprobada en la región oriolana, de situar las Necrópolis algún tanto apartadas de las Estaciones. Es verdad que D. Luis Siret atestigua haber observado la costumbre contraria en los múltiples descubrimientos de poblaciones prehistóricas verificadas entre Almería y Cartagena; pero este hecho podría tal vez atribuirse á la proximidad al mar de aquellas estaciones por cuya circunstancia estando más expuestas á las incursiones de gentes extrañas y enemigas, los habitantes se veían precisados á guardar sus difuntos en el recinto fortificado de la población y aun en sus propias viviendas, para preservarlos mejor del saqueo y profanación. Sea con todo lo que fuere, creo inútil insistir en este particular como quiera que la carencia casi absoluta de restos de primitivas habitaciones observada en la ladera que nos ocupa, no dé lugar á recoger noticia alguna que pueda ser de interés y provecho con relación á las construcciones propias de aquellos remotos siglos.

A diferencia de la vecina ladera de San Antón, de cuya riquísima Necrópolis di noticia en *Razón y Fe* (1), no ha aparecido aquí ningún vestigio de la cremación de cadáveres, siendo todas las sepulturas por inhumación. Estas eran de tres clases, á saber: α) Túmulos (2) de muy reducidas dimensiones. β) Grandes urnas de barro cocido. γ) Sepulcros formados por seis losas sin trabazón que las uniese. La profundidad á que se encontraban las sepulturas oscilaba entre dos y tres metros; el enorme peso de la tierra que consiguientemente las cubría y el pronunciado declive de la ladera, unido á los violentos sacudimientos del terreno, producidos por los frecuentes terremotos que anti-

(1) Revista madrileña redactada por Padres de la Compañía de Jesús (Septiembre 1902-Junio 1904), tomo IV, págs. 43-73; V, 363; VI, 104, 105; IX, 214.

(2) Me valgo de esta palabra, no en sentido propio, sino solamente para dar una idea aproximada de la estructura de este linaje de tumbas.

guamente castigaron esta comarca, han dado por resultado el pésimo estado de conservación en que, por lo general, se encontraban las tumbas y la rotura y fraccionamiento de la abundante y variada cerámica que contenían.

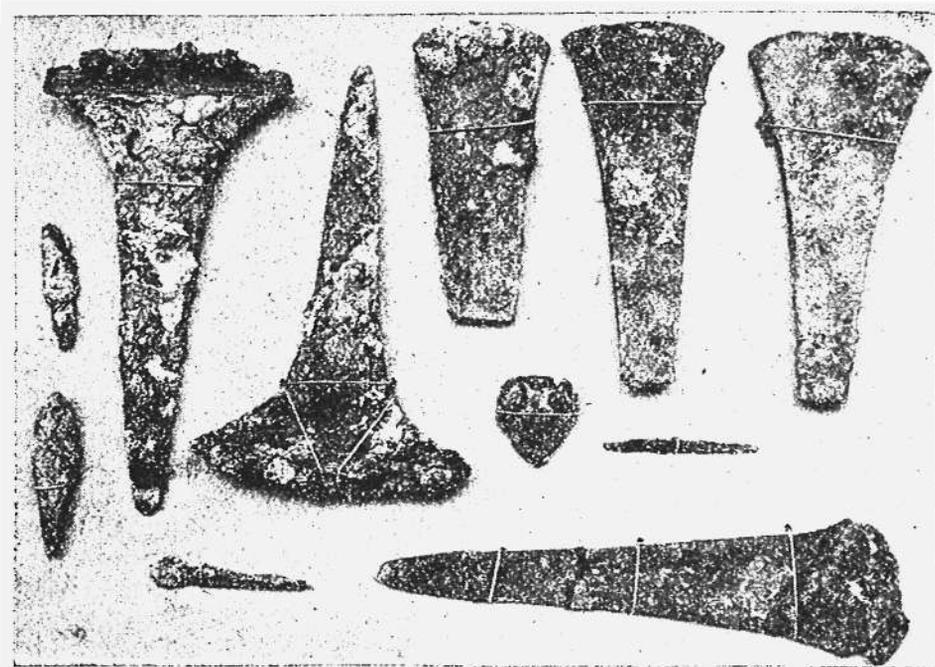
Para proceder con mayor claridad y dar un conocimiento más exacto de la importancia de esta pequeña Necrópolis de la región oriolana, después de un compendioso análisis de la variedad de sepulturas que acabo de mencionar, pasaré á enumerar los objetos en ellas encontrados.

Túmulos.—Constaban de un nicho ó cámara funeraria formada por grandes piedras, dentro de la cual yacía el cadáver en posición encogida. Encima habíase amontonado multitud de pedruscos, cubriéndolos después con varias capas de tierra.

Aunque el ajuar funerario era por lo regular más pobre que en la Necrópolis de San Antón, pues este género de sepulturas no solía contener aquí más que alguno que otro objeto de cerámica y un reducido número de conchas perforadas, que habían servido de adorno, sin embargo una porción de ellas suministraron varias espirales y anillos de plata, collares compuestos de cipseas, conos y huesecitos labrados, puntas de lanza y de flecha, alabardas, dagas y punzones de cobre y además un buen número de pulseras, botones y diversidad de otros objetos labrados de marfil. Una de ellas en particular se distinguió por lo escogido de su ajuar, que consistió en una pequeña vasija de barro negro colocada, como de costumbre, junto á la cabeza del difunto; dos grandes espirales y dos anillos de plata, una pulsera maciza también de plata, dos anillos de oro, una daga de 0,10 m. de largo y una hacha de cobre que se encontraron cruzadas una sobre otra (fig. 1.^a).

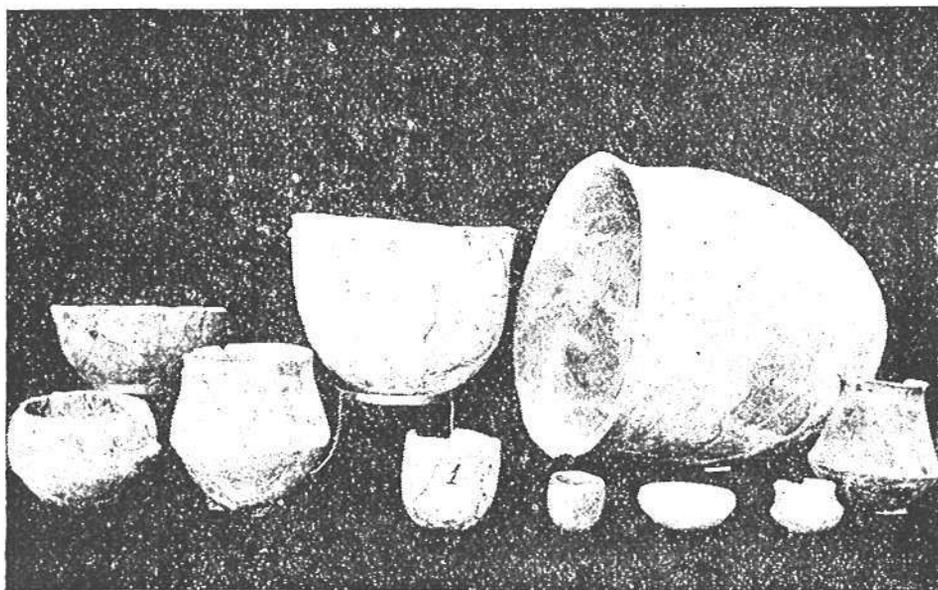
Ultra de los objetos enumerados que se hallaban junto al difunto, se recogía también entre las capas de tierra que envolvía las sepulturas gran cantidad de conchas, sierrecitas de pedernal, martillos y variedad de percusores; escoplos, punzones, agujas, peines y puntas de flecha, de hueso primorosamente labrado; colmillos y dientes de jabalí, cuernos de ciervo, y sobre esto, multitud de molinos, morteros, núcleos de pedernal, rodajas de barro

cocido, etc., etc., todo lo cual pudiera indicar restos de habitaciones, si hubiese aparecido algún rastro de ellas más decisivo, ya que solo en un punto de la ladera se descubrió algunos vestigios

FIG. 1.^a

de un muro que se extendía á lo ancho de la vertiente y junto á él algunos fragmentos de barro cocido con impresiones de cañas.

Urnas (fig. 2.^a).—Son de barro cocido al aire libre, de color rojizo, pardo y aun gris con manchas negras. Llevan una y aun dos

FIG. 2.^a

hileras de orejetas junto á la boca y á veces un cordón ó caña groseramente modelada.

En la mayoría de los casos no contenían más que el esqueleto de un párvulo acompañado de un ajuar pobrísimo, tal como conchas y rodajas de hueso labrado, que sirvieron para constituir un collar. Como estas grandes urnas rarísimamente se encuentran enteras y aquí aparecieron tan destrozadas que solo dos fueron susceptibles de recomposición, es posible que varios otros objetos que formaron tal vez el ajuar funerario de esta clase de enterramientos, hayan quedado destruidos ó se hayan perdido.

Sepulcros de losas.—Se descubrieron solamente cuatro. Suele este linaje de tumbas contener una vasija de forma bastante característica y una daga ó alabarda de cobre. Una de las descubiertas aquí se señaló singularmente por llevar una vasija (figura 2.^a, núm. 1) de forma desusada y además una hacha de cobre, otra de diorita, tres espirales y un anillo de plata y cerca de seis docenas de botones de marfil, pintados de rojo, de forma cónica ó de pequeña pirámide. Como la sepultura estaba bastante revuelta, por haber hecho movimiento las losas y haberse desplomado la que servía de cubierta, es probable que entre otros objetos se haya perdido una espiral y un anillo de plata, pues suelen encontrarse á pares.

El total de objetos recogidos es el siguiente:

Piedra.—Tres martillos muy característicos, con ranuras muy marcadas por donde entraban las ataduras que los sujetaban al mango; buen número de percutores de diferentes formas.

Tres hachas de diorita, de pequeñas dimensiones (fig. 3.^a)

Cinco cuchillos de pedernal de 0,04 m. á 0,06 m. de longitud, uno de ellos es dentado.

Una punta de flecha de pedernal, con la base vaciada en curva cóncava. Es ejemplar rarísimo en estas regiones é indudablemente exótico. Hablando de esta forma singular de puntas de flecha, D. Luis Siret dice lo siguiente (1): «Esta forma..... es más

(1) Memorias de la Real Academia de la Historia «Villaricos y Herre-rías. Antigüedades púnicas, romanas, etc.»; tomo xiv, pág. 384.

bien excepcional, y, sin embargo, es la que predomina en Andalucía y Portugal y que llamaré turdetana; también es la de una de las tumbas regias de Micenas. Entre el gran número de

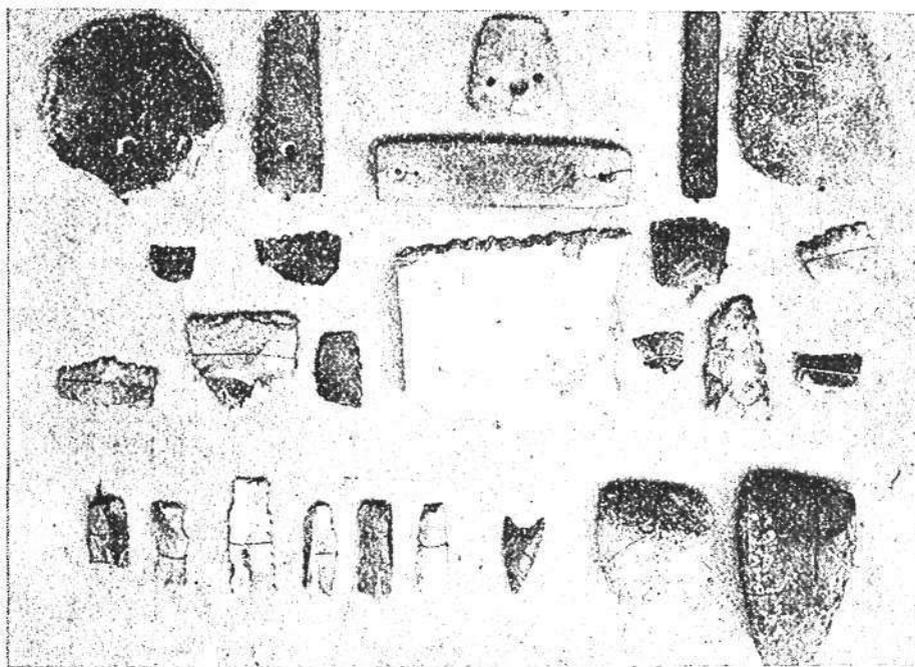


FIG. 3.^a

las flechas descubiertas en las provincias de Levante, no tengo conocimiento de ninguna de forma turdetana: es probable que existan algunas, pero creo que puede asegurarse que siempre formarán una excepción, como en la Europa central.»

Un centenar de sierras de pedernal: una de ellas es también muy excepcional, pues á pesar de aparecer truncada en ambos extremos tiene 0,10 m. de largo por 0,08 m. de ancho.

Cerca de una docena de placas de esquisto, á excepción de una que es de mármol rojizo con venas negras, primorosamente pulimentadas con uno, dos y aun tres agujeros en cada extremo que, en el supuesto de ser piedras de afilar, serían para sujetarlas en tablillas de madera. En el regular número de tales placas que se conservan en este Museo del Colegio de Santo Domingo, no se observa ninguna señal del desgaste, que naturalmente se hubiera producido á haberse utilizado como piedras de afilar; además existe en el mismo Museo un ejemplar que es de una hoja de pizarra tan blanda y sumamente delgada que en manera al-

guna pudo servir para el indicado fin. Creo más bien que constituyen objetos de adorno y que algunos ejemplares que no tienen más que un extremo con agujero se utilizaron como colgantes. En el British Museum (1) denominan estas placas «Stone wrist-guard», es decir, guarda muñeca.

Varias docenas de piedras de molino de forma elíptica y de muy variados tamaños, y finalmente algunos morteros.

Objetos de hueso (fig. 4.^a).—Aparecieron en gran profusión, y si bien no pocos salieron rotos, un buen número de piezas muy escogidas se lograron en perfecta conservación.

Escoplos.—La mayor parte son de hueso, y los restantes de cuerno de ciervo.

Cinco de ellos tienen ambos extremos cortantes, y cerca de

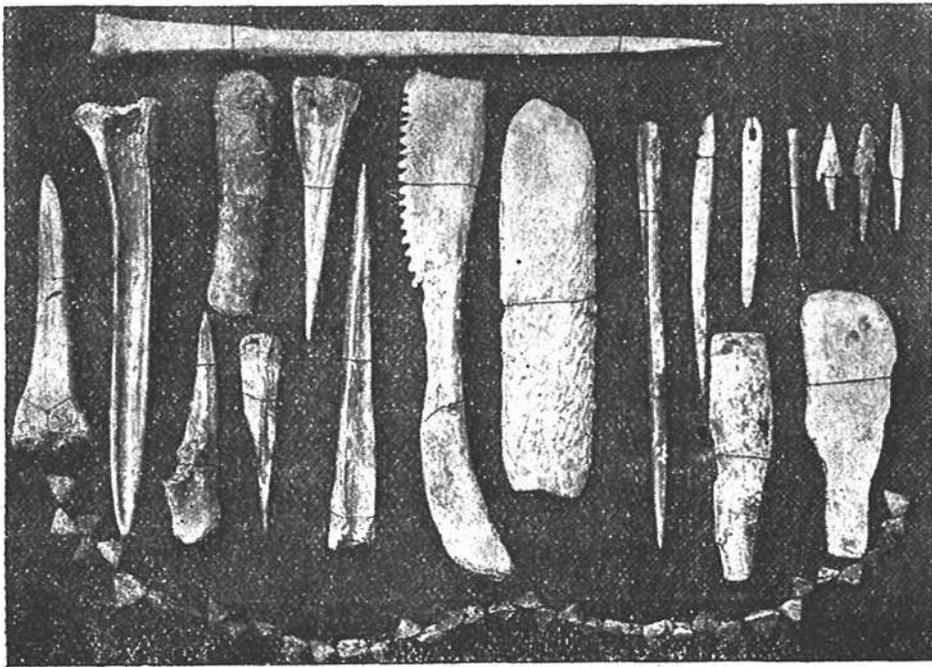


FIG. 4.^a

una docena ostentan el extremo opuesto al filo, toscamente adelgazado, para introducirlo en un mango.

Punzones.—Aparecieron en número muy crecido y de variadas formas; uno de ellos mide 0,28 m. de largo. También se re-

(1) *A guide to the antiquities of the bronze age*, pág. 95.

cogieron varias agujas, una con un agujero y otra con pequeñas entalladuras para sujetar el hilo.

Tres puntas de flecha.

Una sierra con mango, que muy probablemente hizo las veces de peine, y varios otros fragmentos del mismo instrumento.

En la (fig. 4.^a) se representa solamente uno ó dos ejemplares de cada una de estas clases, pero los recogidos en buena conservación pasan de 90, sobrepujando de mucho este número los que salieron rotos ó defectuosos.

Cobre y bronce.—Fueron relativamente cortos en número los objetos de este metal que aparecieron, si se exceptúan las puntas de punzones que abundaron bastante. Las variedades son como sigue:

Una sierra de 0,06 m. de largo por 0,01 m. de ancho.

Multitud de punzones sin mango.

Tres hachas, de dimensiones algún tanto crecidas (fig. 1.^a).

Dos alabardas. Conservan adheridas, junto á los clavos, fibras de la madera del mango y en la hoja algunos fragmentos de tela.

Dos dagas, una de las cuales mide 0,20 m. de longitud.

Cuatro puntas de flecha.

Una punta de lanza.

Un garfio de grandes dimensiones y un fragmento de espada.

Puede también mencionarse aquí un crisol de tierra cocida, varios fragmentos de algunos otros y una pequeña cantidad de escoria.

Objetos de adorno (fig. 5.^a)—Su número fué bastante crecido, aunque, en general, de escaso valor. Entre los de marfil pueden contarse varios fragmentos de pulseras, tres placas que sirvieron de colgantes, buen número de botones y multitud de colmillos y dientes de jabalí.

Una pulsera de cobre y dos de plata, de las cuales una es incompleta.

Dos anillos de oro y cinco de plata; ocho pendientes de plata y dos de conchas marinas recortadas; seis espirales de plata.

Cinco collares de conchas y huesos labrados.

Varios abalorios de diferentes substancias.

Gran cantidad de conchas marinas perforadas, de diversas especies.

Merece singular mención un fusañolo, ejemplar, á mi parecer, sin semejante, que se encontró á gran profundidad entre la tie-

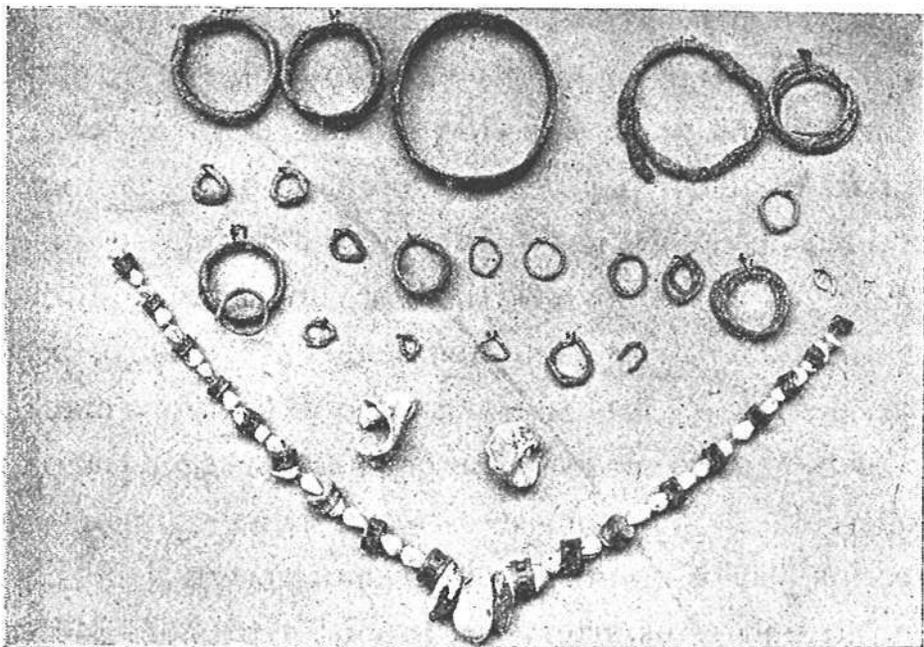


FIG. 5.^a

rra que cubría las sepulturas. Es de vidrio negro y tiene la superficie cubierta de líneas en relieve, de color blanco, semejando ramas. En el fondo tiene una circunferencia del mismo color. El vidrio es basto y la ornamentación algo tosca y de líneas inseguras.

Es, indudablemente, un artefacto exótico de procedencia tal vez fenicia.

Cerámica.—Se presentó en copia muy abundante, pero, por desgracia, tan maltratada, que sólo 17 ejemplares salieron enteros ó capaces de reconstitución. Las formas (fig. 2.^a) son ya muy conocidas, no habiendo ninguna que merezca especial mención. También aquí las sepulturas contenían multitud de rodajas de barro de muy variados tamaños, cuya significación no he podido averiguar. Algunas tienen un agujero excéntrico, y otras, que imitan la forma de un corazón, llevan una entalladura en cada extremo. Tal vez se utilizaron para dar pesantez á las redes de

pescar. Aparecieron solamente cuatro ó cinco pesas de telar de barro cocido, redondas, con dos agujeros, ó de forma oblonga, con cuatro.

Queda ahora por tratar el punto capital, que es averiguar, con alguna probabilidad de acierto, la casta de hombres á la cual deban atribuirse las industrias representadas en este linaje de sepulturas. Mucho se ha escrito hasta hoy acerca de tan interesante cuestión; no pocas han sido las hipótesis que se han aventurado para conciliar pareceres en un campo que tanto se presta á diversidad de opiniones, y ocasiones ha habido en que parecía haberse rasgado el denso velo que envuelve las primitivas edades de nuestras patrias civilizaciones; sin embargo, preciso es confesar, después de tantos esfuerzos, que distamos mucho todavía de haber dado pasos firmes y decisivos en la planteada cuestión.

Entre los varios nombres que se han pronunciado de razas á quienes atribuir estos artefactos prehistóricos, dos me parecen más probables, el de los celtas y el de los primitivos iberos.

El insigne explorador de las regiones Sudeste mediterráneas, D. Luis Siret, propugna, con su acostumbrado ingenio y erudición, el origen celta de estas civilizaciones llamadas de la edad del bronce, y esta es también la sentencia que, aunque no carece de serias dificultades, me inclino á tener como más probable.

Interesante sobremanera es la variedad de argumentos con que el referido autor presenta inaugurada en España por los celtas la edad del bronce.

Después de dividirla en dos fases diferentes, resume la primera en estos términos (1):

«Mas las profundas diferencias (con la edad neolítica), tienen un alcance mucho mayor; las principales son:

La desaparición de todo cuanto en la época neolítica se explicaba por la presencia de los fenicios; huevos de avestruz, perfumes, ámbar... é ídolos de todas clases.

La desaparición de la cerámica ornamentada, tan caracterís-

(1) *Revue des questions scientifiques*, tomo XI, pág. 229. BOLETÍN, LIV, 328.

tica y que constituía un arte superior á cuanto se encuentra durante mucho tiempo en la Europa occidental.

La desaparición de aquella maravillosa industria del sílex.

El abandono de Los Millares, puerta oriental de la Turdetania, para los que llegaban por el Mediterráneo.

El uso, en su nativo lugar, de los productos del suelo, oro y plata, exportados por los fenicios en la época precedente.

La aparición de una cerámica nueva y de la moda de joyas metálicas.

Difícil es comprobar con más seguridad la destrucción de una civilización, su sustitución por otra y la ausencia de un período de transición que explique el cambio por una evolución del propio país.»

Tratando de la segunda fase, después de poner de relieve la palpable diferencia entre la cerámica funeraria de la edad neolítica y la cerámica ligera, elegante, de superficie negra, cuidadosamente pulimentada, que caracteriza este segundo período de la edad del bronce, prosigue: «En realidad, en la región del Sudeste no hay huella alguna de período de transición; la sustitución de la una cerámica á la otra, es brusca; prohíbe atribuir la nueva civilización á la población indígena, y reclama la intervención de un elemento extraño y nuevo...»

«Réstanos averiguar de dónde procedía ese invasor... El aislamiento de España, luego después de la invasión del bronce, hablo aquí, sobre todo, del Sud, ha dado á su civilización un aspecto local muy particular, diferente del que ofrecen otros países de Europa. Sin embargo, uno de sus artes, el de la cerámica, parece haber conservado el sello de su origen. Pertenece, en efecto, lo mismo que en la edad del hierro, á la gran familia cerámica de la Europa central, representada en las ciudades lacustres, en los cementerios de las épocas de Hallstatt y de la Tine, y aun hasta en nuestra era. Hay entre estos grupos diferencias de lugar y de épocas, y nunca se los podrá confundir; pero tienen caracteres comunes que los relacionan entre sí, formando las ramas de un solo tronco...»

«En resumen, la cerámica de nuestra edad del bronce nos ale-

ja absolutamente de las artes chipriota, fenicia y miceniana; se separa por la ausencia de la ornamentación de la del Occidente neolítico, y nos conduce de lleno al dominio del arte propio de los países donde ha reinado la civilización céltica. Su estudio nos hace atribuir la destrucción del poderío fenicio á un pueblo que, desde el XII ó XI siglo, inauguró la serie de invasiones salidas de la cuna de los celtas para venir sucesivamente á inundar la Península.»

No es, en verdad, de igual parecer mi distinguido amigo D. Juan Rubio de la Serna, infatigable, al par que afortunado operario en el campo de la arqueología prehistórica, antes por el contrario, cree reconocer en los descubrimientos del Sudeste y de Orihuela, artefactos indígenas, ó sea de los iberos. He aquí sus palabras (1): «Surge un hecho cierto y evidente, cual es que, antes de las reales ó supuestas invasiones de los pueblos que se nos señalan como primeros ocupantes, llámense ligures, fenicios, libiofenicios, celtas, cynetes ó como se quiera, la Península ibérica estaba habitada por un pueblo indígena y sedentario, con su civilización propia y caracterizada, elocuentemente revelada en los descubrimientos del Sudeste, en los de la misma Orihuela y en muchos otros puntos de España y Portugal...»

Alega después algunas breves razones para sustentar esta opinión, y pasa en seguida á impugnar la atribución hecha á los celtas. Los argumentos que aduce pueden reducirse á estos dos principales: «La historia no nos ofrece testimonios fehacientes por los que podamos suponer la invasión céltica en España más allá del siglo V ó principios del IV, antes de nuestra Era.»

«Para los arqueólogos son celtas los pueblos que propagaron la civilización de Hallstad y de la Tine... Lo que caracteriza principalmente á la civilización de ambas estaciones arqueológicas, es el empleo del hierro en armas de toda clase..., y si esto es así, ¿en dónde están las armas, fíbulas, tumbas y utensilios de hierro que en las sepulturas de San Antón y en cuantas en la

(1) *Revista de la Asociación artístico-arqueológica barcelonesa*. «El Museo arqueológico del Colegio de Santo Domingo de Orihuela», pág. 439.

Península han dado mobiliario análogo, comprueben la civilización de las referidas épocas de Hallstad y de la Tine...?»

En cuanto á la primera dificultad no deja de tener su fuerza y debilita algún tanto la hipótesis de una invasión céltica muy anterior á la señalada por la historia en el siglo v ó principios del iv. Sin embargo, tratándose de tiempos prehistóricos, de un hecho acaecido en siglos tan remotos, ¿cómo podían encontrarse en la historia testimonios fehacientes de él? Incumbencia es, á mi parecer, de la arqueología prehistórica llenar las lagunas de la historia y suplir su deficiencia con razonables deducciones sacadas de la comparación de datos y de las noticias que aportan los descubrimientos hasta el presente llevados á cabo (1). Y este es, precisamente, el fundamento sobre el cual descansa la hipótesis arriba mencionada, la cual admitida, carece completamente de fuerza la segunda objeción, como quiera que nadie atribuye á los celtas del siglo xii, antes de nuestra Era, el empleo del hierro.

Pero mayores todavía son, á mi juicio, las dificultades y enigmas que se ofrecen, si se admite á los iberos como autores de la civilización caracterizada en los descubrimientos de que venimos tratando. Porque en este supuesto, ¿cómo explicar la repentina mudanza verificada en los ritos, costumbres y artefactos de la época neolítica, si se compara con la del bronce? ¿Cómo los indígenas abandonaron su tosca y ornamentada cerámica, y dónde aprendieron á modelar las elegantes formas de la edad del bronce? ¿Por qué renunciaron á la admirable talla del sílex y qué pueblo les inició en el empleo del cobre y les proporcionó modelos para fabricar espadas, alabardas y demás armas, que ninguna semejanza tienen con las que se usaban en la época neolítica?

(1) No faltan datos históricos y lingüísticos para resolver esta dificultad. Tales, por ejemplo, son los que presenta Mr. D'Arbois de Joubainville en su obra *Les Druides et les dieux celtiques à forme d'animaux*, páginas 15-51 (París, 1906). La dificultad proviene de no saber distinguir en la invasión céltica la ola goidélica de la gala, separadas por el intervalo de siete siglos; y calificadas, ésta por el hierro, y aquélla por el bronce.—F. F.

Arduo en verdad es contestar satisfactoriamente al cúmulo de dificultades que ofrecen las dos opiniones expuestas, y basta lo dicho para poner una vez más de manifiesto que, si bien es indudable que se trabaja sin descanso y que los materiales que enriquecen el tesoro de monumentos arqueológicos, sobrepujan en pocos años á cuanto pudiera esperarse, falta mucho todavía para edificar con solidez sobre tales fundamentos y escribir en la historia páginas que, desnudas de poéticas ficciones, retraten con fidelísima verdad las civilizaciones que se desarrollaron en nuestra patria durante los siglos de los tiempos prehistóricos.

Orihuela, 13 de Noviembre de 1908.

JULIO FURGÚS, S. J. (I).

III

«RELACIONES DIPLOMÁTICAS ENTRE ESPAÑA Y LA SANTA SEDE DURANTE EL SIGLO XIX»

Por designación expresa del señor Director, tengo la honra de exponer ante la Academia una breve noticia del libro que con el título de *Relaciones diplomáticas entre España y la Santa Sede durante el siglo XIX* ha escrito y publicado el Sr. D. Jerónimo Becker, individuo del Cuerpo facultativo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos.

En el primer capítulo de su obra presenta el autor el estado

(1) El sabio autor de este Informe falleció víctima de su amor á la Ciencia, el día 30 de Enero del presente año 1909. Había ascendido muy de mañana á la cúspide del cerro, en cuya falda se asienta el Colegio de Santo Domingo; pero al explorarla con el objeto de aportar nuevos datos á la Arqueología y Prehistoria, se le escurrieron los pies, y cayó despeñado por el lado de la roca cortada á pico. Oriundo de Francia, nació en 13 de Enero de 1856; y su muerte prematura, en la plenitud de sus facultades intelectuales, ha dejado baldías las grandes esperanzas que en él cifraba nuestra Academia, dispuesta y próxima á contarle entre sus más doctos Correspondientes.—Nota de la R.